

LEONCIO GUERRERO

‘ ‘ ATENEA ’ ’ Y UN AUTOR

LOS PRIMEROS PASOS

YO LLEGUÉ de provincia, como lo han hecho la mayoría de los escritores chilenos. La provincia infunde a sus hijos una violenta y decidida vitalidad que los impulsa a realizar acciones que, miradas a la distancia, nos parecen de una atrevida audacia. Bienvenida esta instintiva actitud que no nos ha permitido enmohecer nuestro espíritu entre el polvo de las calles silenciosas o el murmurar ponzoñoso del vecindario que se conoce demasiado. Pero de la provincia hemos traído ese vagaje de vivencias, esa enorme cantidad de recuerdos, de tipos humanos, de hechos epopéyicos desconocidos en la gran urbe que ha perdido casi su contacto con la naturaleza. El gran Santiago ha ido nutriéndose de estos hombres que acuden del norte, del sur, de la cordillera o del mar a dar su mensaje de vida. Santiago es la meta soñada, pues aquí están todas las posibilidades como, también, todos los fracasos. Para un literato en ciernes es imprescindible emigrar a la capital. En ella conocerá y alternará con los escritores en boga, penetrará en los círculos intelectuales y tendrá posibilidades de editar. Es el período de la admiración de los hombres de letras, después vendrá la igualación y posteriormente acaso el desprecio...

Cuando yo llegué a la estación Alameda un día cualquiera, angustiado, temeroso, descollaban Mariano Latorre, Luis Durand, Januario Espinoza, Juan Marín, Domingo Melfi, entre otros. Mariano Latorre nos recibió en el Instituto Pedagógico con su sonrisa burlona y su pestañear acelerado y su restregar la ceniza de su cigarrillo con el dedo pulgar. Luis Durand nos acercó su cara regordeta, examinándonos con sus gruesos lentes. Don Domingo Melfi nos dio su firme mano en un saludo seco y, sin embargo, cordial. Lo había conocido en Talca en su gabinete de dentista, cuando mi madre me llevó para que me

aliviara un dolor de muelas. Don Mariano había sido compañero de mi padre en el Liceo de Constitución.

Recuerdo que me preguntó, don Mariano, por uno de los personajes de sus *Cuentos del Maule* por el cual no había podido llegar más por el puerto, so pena de asesinato. Don Domingo Melfi me interrogó sobre mi creación literaria. Yo le contesté que como todo escritor emigrado traía en carpeta los originales de un libro inédito.

—¡Qué bueno, hombre, llévame un cuento para publicarlo en *Atenea*! Tú sabes que soy el Director.

Le agradecí efusivamente, demasiado efusivamente acaso, que me quedó mirando entre admirado y burlesco.

Demoré algunas semanas en elegir el cuento. Cuando, por fin, me decidí, se lo llevé a la Biblioteca Nacional, donde trabajaba.

—Bien, bien, hombre. ¿Cómo dices que se llama tu libro?

—PICHAMAN, don Domingo.

—Ah, la estación del ramal. ¿Qué significa?

—Viene de PICHU, chico, y de MANQUE, águila. Es decir, AGUILUCHO, nombre de un cacique del lugar. (Alguien preguntó después en el "Averiguador Universal" qué significaba en inglés).

Recibió los originales, los dobló y los guardó en una carpeta. Me despedí y bajé corriendo las gradas de la Biblioteca.



EL FANTASMA

Pasaron los días. Yo creí que el cuento no había gustado y me conformé con mi primer fracaso. Mientras tanto, frecuentaba la peña literaria de entonces que era la librería "Nascimento", ubicada a la sazón en calle Ahumada, al lado del Restaurant Naturista. Por allí llegábamos varios principiantes a rozarnos con los literatos consagrados. En esas reuniones conocí a Nicomedes Guzmán, a Francisco Coloane, a Luis Merino Reyes, a Andrés Sabella, a Francisco Santana.

Una mañana, don Mariano Latorre me dio la sorpresa:

—Interesante tu cuento, hombre.

—¿Cuál?

—El que salió en la última *Atenea*. ¿No lo has leído, entonces? —extrañado de lo que él creía pedantesco desinterés.

Me abalancé a un ejemplar de la Revista que se exhibía en un mesón.

Hojeé nerviosamente las páginas. Allí estaba, oloroso a tinta, casi desconocido, *El Fantasma*. Nunca he olvidado aquella Revista de título verde y cuyo precio, también en el mismo color, era de tres pesos cincuenta. Mi nombre estaba al lado de Mariano Latorre, Juan Marín, Domingo Melfi, Milton Rossel, Juanuario Espinoza, Luis Durand y de algunos jóvenes que también hacían sus primeras armas. Francisco Santana que comentaba *Camino en el alba*, de Oscar Castro, y de Nicanor Parra que publicaba *Cantos cotidianos*. Luis Durand se preocupaba de las novelas *Naufragio*, de Marín y *Ricantén*, de Armando Rojas.

Ese tomo LVI, número 168 lo tengo guardado como una reliquia. En sus páginas aparece por primera vez una producción mía en una revista de importancia. Fecha inolvidable: junio de 1939.

Este *Fantasma* produjo revuelo por su mordaz ironía.

En un diario, al darse cuenta de la aparición de este número, se escribió: "la fuerte mancha de *El Fantasma*... y claro... primero los impuestos; luego el hombre y sus necesidades", citando una frase. Muy de actualidad, por lo demás. El personaje es un inspector de Impuestos Internos que llega por Pichamán, lugarejo perdido entre los cerros de la costa de la Provincia de Talca, a verificar la clandestinidad de la producción de aguardiente y de las plantaciones ocultas de tabaco. El futre, para llegar a los espaciados caseríos, tiene que arruinar su lujosa tenida Barros Jarpa y sus acharolados zapatos santiaguinos y soportar las socarronas sonrisas de los lugareños y los malintencionados mordiscos de los quiltros. El melodrama está en el descubrimiento que hace de una damajuana de aguardiente que una vieja tiene para darse friegas que le alivien el reumatismo y de unas matitas de tabaco que la misma campesina ha plantado para fumar su pucho que le alivie del dolor de cabeza y de la soledad. El personaje, muy engolado, ordena derramar el aguardiente y arrancar las cuatro matas, en medio del silencio dolorido y burlón de los afectados. Después, el inspector se va, satisfecho de haber cumplido con la ley...

Nunca me imaginé lo que se me vendría encima por iconoclasta, por irrespetuoso y mordaz. Primero apareció en *La Nación* un artículo atacándome, firmado por un funcionario de Impuestos Internos que, profeta, escribió: "¿Qué razones puede tener este autor a quien presumo que veremos pronto figurar en antologías?". Agradezco hoy día estas palabras de don Luis Sepúlveda Alfaro.

Pero ya el temor me invadió francamente cuando recibí una tarjeta de don Domingo Melfi citándome a su oficina.

—¿Qué ha hecho, hombre, por Dios? Se nos ha venido encima Impuestos Internos y quiere sacarle no sé qué multas a la Universidad de Concepción, como réplica al cuento suyo.

—Pero, si es sólo un cuento...

—¡Qué cuento ni qué nada! Vaya inmediatamente a ponerse en contacto con Impuestos Internos y explique su ninguna intención.

Se calló indignado y no me habló más. Yo salí humillado, desconcertado y a la vez gozoso del poder de mi pluma. Por lo demás, no di explicaciones a nadie. Eso sí que di por terminada mi colaboración en *Atenea*.



AUDIENCIAS

Dejé pasar el tiempo, un tanto amargado. Apareció *Pichamán* y los comentarios me hicieron olvidar el incidente con Impuestos Internos y *Atenea*. Le llevé un ejemplar dedicado atentamente a don Domingo Melfi. Me recibió con cordialidad y se alegró del buen éxito de mi libro. (Me hizo una estimulante crítica en *La Nación*). Ante esta actitud, me atreví de nuevo a entregarle otro cuento para *Atenea*, más bien con un espíritu de exploración de su estado de ánimo con respecto a mis narraciones.

No me preocupé más de mis originales, seguro de su rechazo, Ni hojeé la revista en *Nascimento*, ni a nadie comuniqué mi audacia.

Nicomedes Guzmán me atajó un día en la calle y se refirió a la literatura de intención social, de acusación.

—Tu cuento de *Atenea*, por ejemplo, es un típico cuento social.

—¿De *Atenea*, dices?... ¡Ah! —recordé, golpeándome la frente.

Compré el número, que correspondía al 204 de junio de 1942, justamente tres años después de la publicidad del malhadado *Fantasma*.

El cuento se titulaba *Audiencias* y en él vaciaba mis angustias, mi rabia, mi impotencia en las andanzas para obtener clases en algún Liceo fiscal. En estas audiencias de varios años conocí todos los entretelones del mundillo burocrático del Ministerio de Educación, cuyas autoridades nunca se imaginaron que los ojos escrutadores y críticos de aquel maestro pudieran estar observándolos y anotando sus trajines funcionarios para llevarlos a la literatura, mientras hacía humillantes antesalas.

Es un cuento de clave, es decir, que los personajes son reales y fácilmente reconocibles. Apenas si a sus nombres les había cambiado

algunas letras. Por ejemplo, Noriega, por Ortega; Florián, por Adrián.

Se acentuó más mi temor cuando un profesor me saludó:

—¡Hola, Leoncio, te felicito por tu valentía. A estos tramitadores hay que darles fuerte! Yo conozco muchos más detalles, que puedo darte, para que amplíes el cuento.

—¡Diablo!, me dije. La cosa va mal. En qué enredos me he vuelto a meter sin intención preconcebida ninguna. Sólo con el afán de protestar verazmente.

Me encaminé a Nascimento para conversar con alguien y exponerle mis inquietudes sobre la subterránea amenaza que percibía. Ya estaban allí Latorre, Durand, Pinilla y no recuerdo al otro escritor. No me introduje inmediatamente en el grupo. Me detuve a hojear el amarillento número de *Atenea*. Me percaté que el ejemplar valía ahora cuatro pesos y que escribían en él: Félix Armando Núñez, Avelino Díaz Casanueva, Angel Cruchaga, Luis Durand, Antonio Romera.

De pronto, aparece la esbelta figura del Rector de la Universidad de Concepción. Saluda muy ceremoniosamente, aspirando con cierto tono de superioridad el aire cargado de humo de cigarrillos. Vuelve la cabeza y me ve, enfrascado en la lectura de *Atenea*. Don Mariano se adelanta:

—Ahí tiene al joven cuentista de *Audiencias*.

—¡Ah —exclama con nerviosidad— es Ud.!

Me extiende su huesuda mano y se queda un instante en silencio observándome con curiosidad.

—Con Ud. precisamente tengo que hablar. Ud. ha publicado un libelo contra los funcionarios del Ministerio de Educación. He recibido una nota de protesta de ellos acusándome de aceptar colaboraciones de esta especie. La culpa la tiene Domingo Melfi por dejar pasar cuanto le llega a manos sin leer los originales. Pero creo, joven, que Ud. ha cometido una grave falta, una insolencia de la cual debe retractarse. Por otra parte, el tal cuento no lo es. No lo puede ser, pues no ha elegido un tema apropiado.

Yo me quedo en silencio. No sé qué contestarle para no herirlo. Pero ya siento hervir mi sangre y estoy al borde de la explosión. Mariano ve venir mi reacción y se encara con don Enrique.

—Yo no estoy de acuerdo con Ud., don Enrique, de que *Audiencias* no es cuento. ¿Qué entiende Ud. por cuento?

—Lo que todos conocemos por tal...

—No ve, pues... No se puede negar tan rotundamente. Ud. cree que cuento es una narración de peripecias más o menos inverosímiles, que nos distrae sin comprometernos a pensar, a participar de las situaciones psicológicas, en el drama humano. No. El cuento actual

es la vida misma realizándose. Son los problemas, los fracasos, las injusticias. En suma, un trozo de vida. Y si Guerrero ha escrito *Audiencias*, lo ha hecho con materia de su propia experiencia, de sus personales fracasos en lucha con el ambiente que le niega sus derechos.

—Es —agrega Pinilla— un cuento de acusación contra los procedimientos de una burocracia politizada. Ud. debe haber leído los cuentos de los rusos.

—Cierto —tercia don Luis Durand—. En ese caso hasta mis cuentos no podrían publicarse porque aluden a personajes reales que todavía viven. Yo creo que cuando un personaje pasa a la literatura deja de ser él mismo. Es una síntesis humana. Lo que pasa es que en Chile todavía hay gente muy quisquillosa que se cree intocable.

—Ya ve lo que me pasó a mí con mis tipos maulinos —completa don Mariano. Me amenazaron de muerte si volvía por el puerto de Constitución. Si la tendencia realista no tomara como motivos a seres de carne y hueso, no veo sobre qué se podría escribir. Y la literatura de la generación de Guerrero tiene, como motivo, el realismo social.

Don Enrique no contesta. Se queda rascando la barbilla, pensativo. Veo que sus rasgos se suavizan movidos por los rascios de su mente especulativa. Ha encontrado que el grupo de literatos le ha dado una lección. Me mira un instante y me dice:

—Mire, Guerrero. Hombre, créame que el cuento *Audiencias* no lo he leído. Ahora lo voy a hacer con detenimiento. Estas razones que me dan aquí los distinguidos catedráticos son muy valederas. En todo caso, yo le pido disculpas. Yo creí que se trataba simplemente de una diatriba.

Me dio la mano cordialmente, después de despedirse de los demás y se fue a largos trancos.

Cuando apareció mi novela *Faluchos* se la envié con una cariñosa dedicatoria. Él me contestó, a su vez, una amable y halagadora carta para mí, que aún conservo.

Con *Atenea* no hubo ulteriores problemas, pero yo tuve que pagar largos años de ostracismo de la educación fiscal por haber tenido el atrevimiento de utilizar tal materia humana en la creación literaria.

• • •

MAYOR TOLERANCIA

Han pasado los años. El país ha evolucionado a pesar de todo. "Atenea" ha publicado otros cuentos míos que pudieran haber dado

ocasión a otros tantos reclamos oficialistas y no menos enconadas y nefastas persecuciones. Por ejemplo, el cuento *Florencio*, que trata de la lucha íntima de un aprendiz de sacerdote, donde forcejean la pureza espiritual, el renunciamiento contra la violencia de los sentidos que reclaman sus derechos. Es una mordaz crítica a las señoras que se dedican a reclutar aspirantes a santos. Nadie reclamó ni envió cartas acusatorias. Síntoma de mayor tolerancia y comprensión.

En el número 279-280 —sept. y oct. 1948— aparece *El gallo loco*, que recogió en 1959 la Editorial parisiense Seghers y lo tradujo al francés, publicándolo en *Las veinte mejores narraciones de la América Latina*. Tampoco recibí ataque alguno del gallo afectado ni del Director de la revista.

En compañía de Milton Rossel, actual Director, escribimos unas semblanzas de Martín Rivas de las cuales se hizo separata y, a pesar de que tratábamos al héroe de trepador, cuyo ideal de lucha estaba apuntado a entrar en la aristocracia, ninguno de los infinitos parientes y afines que Martín debe tener todavía se le ocurrió llenarnos de improperios ni menos perseguirnos y negarnos la entrada a servicios públicos para los cuales estudiamos ex profesamente.

Es que hemos entrado a otra época de libertad de expresión, en que se comprenden los móviles del escritor y se respetan sus enfoques por equivocados que estén. Nadie se espanta de nada. Salvo los que no tienen la conciencia muy clara...



Ahora que la Revista *Atenea* cumple cuarenta años de publicación sostenida, de permanente presencia en las letras nacionales e internacionales, de divulgación de nuestros valores, es saludable hacer estas miradas retrospectivas. Tienen un sabor sentimental que nos muestran los caminos por donde anduvimos, las luchas en que nos forjamos. Es una perspectiva en el tiempo que da unidad y continuidad a nuestra obra. Que nos destaca las audacias de que fuimos capaces de realizar. La trayectoria literaria de un escritor se identifica con la de su medio de publicidad y viceversa. Por fin, todos estos incidentes hoy día constituyen amables y sabrosos hechos del pasado, donde ya no cabe rencor alguno.